S. Suárez León

EL ROSAL ROJO

COMEDIA ROMÁNTICA EN 2 ACTOS.

Estrenóse en Las Palmas la noche del 23 de Diciembre de 1918.

Imp. y Lit. de J. Martínez

A los notables artistas Loreto Prado y Enrique Chicote, con mi admiración sincera.

J. Suárez León

EL ROSAL ROJO

Las Palmas 7/4/926

S. SUÁREZ LEÓN

TEATRO

El Rosal Rojo

COMEDIA ROMÁNTICA

EN DOS ACTOS.

Estrenóse en Las Palmas la noche del 23 de Diciembre de 1918.



A la culta sociedad del arte del teatro »Los Doce«, como testimonio de admiración a su gran labor artística.

S. Suárez León.

PERSONAJES

Don Julián, esposo de D.ª Elvira (60 años).
Doña Elvira, (55 años).
Ricardo, hijo de D. Julián y D.ª Elvira, (25 años).
Luisa, hija » » « » « (20 años).
Doña Tomasa, antigua amiga de D. Julián y D.ª Elvira, y mogigata incorregible, (60 años).
Encarna, sobrina de D.ª Tomasa, solterona y gazmoña, (40 años).
Estéban, amigo de Ricardo, (30 años).
Una criada.

ALGO SOBRE LOS PERSONAJES

Don Julián

Es un carácter seco, reservado; fué alegre y donjuanesco en su juventud, y la vida de luchas y de privaciones que ha arrastrado le ha convertido en antítesis y reverso de lo pasado. Sus sesenta años le agobian y pesan como un fardo de dolorosas contrariedades, y anda lentamente, con la resignada y severa actitud de quien todavía tiene que arrastrar por el largo camino de la vida muchas tristezas. Habla poco y despacio; observa siempre obstinadamente, adivinando a través de las palabras, algún vestigio de ocultas sensaciones. Su barbilla en punta, aguda y clásica, le dá un aspecto de Quijote silencioso y fracasado: usa gafas, y tras de sus cristales, los ojos brillan todavia como rememorando aquel chispazo alegre y travieso de la juventud enamorada.

Doña Elvira

Como casi todas las mujeres provincianas educadas en un ambiente de convencionalismos y de miramientos, teme al cuchicheo y a la crítica de la sociedad, y ajusta sus actos a las exigencias del medio.

Tiene del honor tan alto concepto, que a fuerza de respetarlo lo empequeñece y ridiculiza. Es nerviosa, impulsiva, pero la mayor parte de sus exaltaciones acaban en serenos desmayos de acentuado sentimentalismo. Es buena: con inconfundible bondad de madre.

RICARDO

Romántico, idealista, rebelde. Sus teorías y sus ideales están saturados de ese moderno espíritu de refinada cultura, que no admite imposiciones creadas por las hipocresías de la sociedad actual. Tiene una amplia visión de las cosas y de las pasiones. Es uno de esos caracteres que la sociedad apellida de «locos».

LUISA

Es una chica discretísima y soñadora. Está en la edad en que el espíritu puede hacerse mariposa y volar alto, o quedarse en insecto y confundirse entonces con los prosaismos de la vulgaridad-ambiente. Quiere a su hermano entrañablemente: y de este gran afecto, de esa identificación espiritual que los une, a Luisa le han brotado alas en el corazón y en el pensamiento, y vive en un mundo ideal de nobles fantaseos. Es una gran rebelde.

Doña Tomasa

Una señora simbólica. La sociedad siempre fizgoneadora, tiene en este volúmen carnal de años una fiel prosélita. Se escandaliza del mas ligero arranque de rebeldía: teme al «qué dirán»: no quiere saber de las vidas agenas, y no obstante, subterráneamente, se escurre por los misteriosos laberintos del vivir del prójimo, y saca luego a la luz pública cosas que ha adivinado y cosas que ha deducido. Es gazmoña, antipática y pretenciosa.

Encarna

Esta mujer de 40 años, «sobrina de su tía», es un calco y remedo de aquella. Tiene un carácter apocado y manso. Su tía ha hecho de ella una prolongación de su vida, y Encarna,—que ya ha visto desfilar los años de las adorables locuras juveniles,—se resigna a vivir sin inquietudes y sin amores.

Esteban

Amigo de Ricardo; comunicativo, franco, con la sana alegría de la juventud optimista, su carácter seduce y convence. Quiere a Luisa, pero su pasión la oculta

como un tesoro. Gusta más del lenguaje de las miradas que se comprenden, que de las gastadas promesas verbales. Su amor se revela al fin, y sus palabras tienen entonces la mágia de un ensueño y la reciedumbre de una rebeldía.

Una Criada

Este personaje no tiene otros distintivos que los de la juventud y la fidelidad. Es activa, graciosa: en sus ojos locuaces brilla una picardía.

La Desconocida

No aparece en escena La Desconocida, y sin embargo casi puede decirse que ella es toda la obra. Ricardo, que es su amante, dirá de esta mujer cosas interesantes. Adelantemos tan solo que tiene unos ojos verdes donde parece vibrar una inquietud brujesca, y que sus cabellos son de oro como un desmayo de sol.

Acto Primero

Habitación amplia, alegre, luminosa. En el fondo, un espacioso ventanal mira al jardín; un jardín exhuberante de floresta, lleno de aromas y rumores, donde canta una fuente. Cerca a éste ventanal hay trepadoras que ponen una nota simpática de lozanía. Algunas tejen a través de los cristales laberintos caprichosos, y otras penetran en la habitación como un saludo del jardín; en estas enredaderas hay fiesta de campanillas blancas. La habitación tendrá algo de severidad y algo de candor: como si su arreglo hablase de las características del viejo matrimonio y de las alegrías luminosas de Luisa. Debe abundar la nota clara, vaporosa y ligera en los adornos y mobiliario de la estancia: algo que denote el triunfo del buen gusto y de la juventud, sobre las antipáticas severidades de los años y de la rutina.

A la izquierda, segundo término, puerta que dá a la calle. En primer término, habitación-dormitorio de Ricardo. En el fondo, junto al ventanal, una terraza con salida al jardín; hay en ella alegria de flores, y por las columnas que la adornan, las enredaderas trepan triunfadoras. Segunda puerta de la derecha comunica a las demás habitaciones y dependencias de la casa. En primer término, puerta que conduce al despacho de D. Julián.

(Derecha e izquierda se entienden del espectador).

Es de día: un día espléndido de primavera. Por los abiertos ventanales entra una bocanada de luz y de aromas; cantan los pájaros en el jardín. Al levantarse el telón, Luisa se halla colocando en un búcaro unas rosas rojas. Viste de blanco, y hay en su en-

cantador desaliño una revelación mañanera. Sus cabellos sueltos, ponen sobre la albura del traje una nota de encanto y de desórden.

ESCENA I

(Luisa; después Esteban)

(Luisa dá por terminada su tarea: se acerca a la puerta de la hahitación de su hermano: observa atentamente, y haciendo un gesto de contrariedad, queda luego meditando. En el reloj de una de las habitaciones interiores, dan las nueve.)

LUISA

Tampoco anoche durmió Ricardo en casa... Y es que, realmente, estas noches blancas de luna, ahuyentan el sueño. Son como una invitación al fantaseo: como... no acierto a explicarlo; pero me parece que dormir en éstas noches como en cualquiera otra, obscura y aburrida, es una cosa imperdonable. Y Ricardo que es un romántico y un soñador, piensa y siente como yo: sueña, no duerme. (Sale Esteban; viene de la calle.)

ESTEBAN

Salud, Luisita. ¿Y su hermano? Vengo por él porque hoy nos lo llevamos al campo unos buenos amigos. Es una excursión divertidísima. ¿Sabe usted quién

vá con nosotros? Ibáñez, aquel chico afeitado y pálido que presenté a usted en la Kermesse. Es un muchacho gracioso e inteligente: tiene un defecto, y es lástima: un gran defecto. La monomanía de hacer versos...

LUISA

¿Y eso cree usted que es un defecto? Pues a mí me parece una virtud.

ESTEBAN

Ser poeta, sí, Luisa: pero escribir versos a todas horas, sobre todos los temas, pretendiendo embellecerlo todo con imágenes gastadas y con evocaciones cursis, nó; eso nó.

LUISA

Pero... ¡si ha dicho usted que es muy inteligente?... No lo entiendo...

ESTEBAN

Tan inteligente, que él mismo, como si llevase dentro a un desconocido crítico implacable, censura y ridiculiza sus versos y afea sus expontaneidades. Es interesante,—no crea usted—eso de que en una misma persona existan tan opuestas tendencias. Hay en él un alma lírica, pero

tambien existe el gesto severo de quíen no transige con cursilerías ni hueros romanticismos.

LUISA

Es extraño el caso. De todos modos, hacer versos,—más bien, sentir el arte,—es ser poeta; y un poeta, amigo mio, siempre es una cosa estimable. (*Con graciosa transición.*) Bueno: usted perdone, ¿eh? He tratado de «cosa» a su amigo, y no hay derecho; mucho menos cuando ese amigo cuenta con su distinción y con su aprecio, y... ¡hace versos! (*A la criada que aparece por la primera puerta de la derecha y se dirige a la terraza.*) Juana, coloque usted estas rosas en la habitación del señorito. (*Juana las toma, entra en la habitación de Ricardo, las deja en ella, y al poco tiempo atraviesa la escena desapareciendo por la terraza que dá al jardín.*)

ESTEBAN

¿Es usted la encargada—por lo visto—de poetizar en la habitación de Ricardo?

LUISA

¿Alude usted a esas flores? Pues sí, señor: yo también hago versos y hago arte, a mi modo. Ya lo vé usted: cortar unas rosas y formar con ellas un ramillete casi puede decirse que es hacer una estrofa...

ESTEBAN

Es cierto: y si entre esas rosas han estado sus manos, la estrofa, entonces, se inmortaliza y embellece.

LUISA

¡Muy bien, muy bien! ¿A que vá usted a resultar más inteligente y más poeta que ese amigo pálido y gracioso que se critica a sí mismo? (Estas últimas palabras las oye Ricardo que llega de la calle.)

ESCENA II

(Luisa, Esteban y Ricardo.)

RICARDO

Ya sé de quien hablan ustedes. ¡Hola, Esteban: madrugador estás. Adiós, chacha. (Dirigiéndose a su hermana a quien besa en la frente.)

LUISA

Anoche te esperé en la terraza hasta muy tarde. ¿Dónde estuviste?

RICARDO

Con unos amigos. (Dirigiéndose a Esteban.) Mi hermana tiene la vieja costumbre de aguardarme siempre. Antes era un cap

cho de chiquilla romántica: dice que pasa unas horas agradables en esa terraza, escuchando la charla de los árboles cuando el viento pasa: oyendo ese extraño silencio de la noche que parece hablarnos de cosas de leyenda... Ahora, aquel capricho ha adquirido el valor de una seria misión, y su espera tiene algo de desvelo de madre. ¿Eh, que te parece?

ESTEBAN

Que tienes una madrecita encantadora. Una madre que teje versos con flores, y que alegra tu dormitorio, todas las mañanas, con el saludo de unas rosas rojas.

RICARDO

¡Ah! ¿Ya has visto?...

LUISA

Sí; estaba aquí cuando he dispuesto que Juana las colocara en tu habitación. (A Esteban.) De todos los rosales del jardín, ese es el predilecto de mi hermano. Dice que encuentra cierta analogía entre esas rosas que parecen «gritos de pasión»—son sus palabras, ¿eh?,—esto no es mío,—y ciertas exaltaciones e inquietudes de su espíritu. (Pausa.) Y yo creo que sí, que tiene razón Ricardo. Cuando hay que revelarse, y lu-

char, y despreciar con valentía, (créanme ustedes) parece que hay entre nosotros como una roja sacudida, como un estremecimiento extraño que tiene algo de encendido rosal de rebeldías.

RICARDO

(A Esteban que oye admirado la vehemente descripción de Luisa.)

Esta hermana mía, es mi gran orgullo. Puede decirse que es mi mejor discípula. Piensa y siente como yo. Es una romántica y una rebelde.

ESTEBAN

No le pese a usted, Luisa, que alguien la llame—quizá con esa lástima que es el reflejo de la misma ignorancia,—«romántica y rebelde». ¡Que importa! Con esas alas del sentimiento, ¡se vuela a veces tan lejos!

RICARDO

(Pensativo, y después de una pausa.) ¡Es verdad! ¡Quién sabe hasta donde nos puede llevar ese aleteo!

LUISA

(Igualmente pensativa.) ¡Quién lo sabe!

(Hay una pausa. Los espíritus, identificados en un momento de íntimo consorcio, viajan unidos por

el país de los ensueños. Dése a esta escena la suprema elocuencia del silencio; de donde se deduzca que algo trascendental y decisivo alienta ya en alguno de los personajes.) Bueno; nos hemos quedado ausentes. (Con gracioso humorismo.) Es cosa de si alguien llamara a la puerta pidiendo nuestro permiso para entrar, contestarle:—pero señor, ¿no ve usted *que no estamos?*

(Se oyen fuera voces de visita que llega. Es Doña Tomasa y su sobrina Encarna.)

RICARDO

¿Oyen ustedes? Doña Tomasa y su sobrina Encarna.

LUISA

Se ha roto el ensueño, señores; se ha deshecho el encanto. (Riendo). *Ya estamos en casa.* (Dirigiéndose a recibir la visita; desde la puerta saluda.) Pasen, pasen ustedes. (Entran Doña Tomasa y su sobrina. Visten ambas de negro, y su aire es de mogigatería y misticismo.) (Hay besos entre las mujeres.)

ESCENA III

(Doña Tomasa, Encarna, Luisa, Esteban y Ricardo.)

DOÑA TOMASA

Buenos días. Luisita. ¿Y mamá? No la

he visto hoy en misa: (A Ricardo.) Adios, Ricardo: no hay quien le vea a usted.

RICARDO

En misa, desde luego que no, señora. ¡Hay tantas otras cosas en qué pensar!

DOÑA TOMASA

¡Vamos, hombre! Usted siempre agresivo. (Dirigiéndose a Esteban, y con marcada displicencia.) Caballero... (Saluda friamente y va a formar grupo con Encarna y Luisa que hablan junto al ventanal.) (Esteban y Ricardo quedan en primer término charlando.)

ESTEBAN

Me hace un daño horrible la frialdad de esta señora.

RICARDO

¡Bah!, no te preocupes. ¡Vale tan poca cosa ese gesto!

ESTEBAN

Sí, lo sé, y sin embargo me hiere y me lastima ese desprecio estúpido. Entiendo bien lo que quiere decir esa indiferencia y ese desdén: son el reflejo de la sociedad en que vivimos. ¡La historia! ¡La familia! ¡El honor! Y cuando como a mí, me acompa-

ña una de esas irregularidades que las fórmulas sociales condenan, todo se traduce entonces en retraimientos, en soslayar la amistad, en evitar el contacto. ¡Que miseria de gente! (Siguen hablando y van hasta la terraza, donde continúan hasta qne, pasado un rato prudencial, hacen mutis.)

ESCENA IV

(Doña Tomasa, Encarna y Luisa.) (Luego Doña Elvira y Don Julián).

LUISA

Pero siéntense: siéntense ustedes: mamá no tardará en salir. La llamaré, si me lo permiten. (Intenta hacerlo, y no la dejan.)

ENCARNA

Luisita, ¡niña! ¡de ningún modo!

DOÑA TOMASA

¡Qué disparate! Sus ocupaciones son antes que nada. (Pausa.) ¡Oh, si no fuese ese juicio, esa severidad de Doña Elvira! Y... aún, aún, muchas cosas se escapan a su sagacidad de madre. (Mirando hacia donde están Ricardo y Esteban.) Algo, y muy importante, (con marcada intención) queda por evitar en la familia. (Observando que Luisa se preocupa por sus palabras.) No, no te alarmes:

todo se andará. Es necesario que todo se allane, si se quiere que la gente no siga diciendo cosas poco agradables. La sociedad no transije con ciertas libertades y ciertas despreocupaciones, y... hay que vivir entre la buena sociedad.

ENCARNA

Sí, Luisita: tú no entenderás bien esto, pero es así: cuando la sociedad censura...

LUISA

Pero... ¿de qué me hablan ustedes? Antes me insinuaban no se qué referente a unas relaciones de mi hermano Ricardo. Después deslizan algo sobre cosas desagradables, libertades,despreocupaciones, y para que nada falte, mencionan ustedes la «buena sociedad». Pues bien: que yo me entere: ¿estamos? Soy torpe, y necesito que se me expliquen bien las cosas. Antes que nada: ¿qué «buena sociedad» es esa entre la cual creen ustedes que es preciso vivir? Por que yo no reconozco otra «buena sociedad» que la que ama y perdona: la que llega hasta el caído y lo levanta, y lo redime: la que juzga a los seres por lo que valen, y no se entretiene en arrojarles al rostro la vergüenza de cosas pasadas que no pudieron evitar. Pero si esa socie-

dad a que ustedes aluden es la sociedad del miramiento ridículo, del estúpido reproche, de la refinada hipocresía, de la maldad y del olvido, de la caridad traducida en bailes, en diversiones y en ostentación de lujo y vanidad, yo no quiero, entonces, saber de esa sociedad una palabra.

Doña Tomasa

Me asombras, Luisita, me asombras. ¡Qué teorías! ¡Qué apreciaciones! A buen seguro que no pensará así tu madre, mi buena amiga Elvira. Tiene ella muy elevado criterio para incurrir en tales ofuscaciones.

Encarna

Pero, ¿es cierto que nada sabeis de los amores de tu hermano? ¡Si no se habla de otra cosa!

Doña Tomasa

Lo hemos sabido sin querer, bien lo sabe Dios; que nunca ha sido de mi agrado mezclarme en las vidas del prójimo, ni saber de sus vicios y de sus pecados.

Luisa

Nada sé: pero sí presumo que ni me han

de asombrar esos amores, ni me ha de escandalizar esa pasión. ¿Quién es ella? ¿La conocen ustedes?

ENCARNA

¡Qué vamos nosotras a conocer a una mujer de esa clase!

DOÑA TOMASA

Es extranjera. Ha aparecido aquí de un modo extraño. Nadie sabe a qué viene, qué hace, ni adonde vá. Es una mujer tan... llamativa; tan... ¡qué sé yo, cómo! que todas son conjeturas, y tejer de historias, y sospechar rarezas. Y con una mujer así; con una mujer qne camina de un modo escandaloso: que rie estrepitosamente y mira como desafiando al mundo, tu hermano sale de paseo, la visita a todas horas, y... ¡asómbrate! hasta se afirma que se marchará de aquí para vivir a su lado. Anoche, sin ir más lejos, ya muy tarde,—rezando estábamos Encarna y yo el rosario, para recogernos,—cuando sentimos que, calle arriba, alguien se acercaba. Era una conversación como de locos. ¡Qué alborotar, qué risas, qué escándalo! Debajo mismo de nuestra ventana, los pasos se detuvieron; la charla entonces se hizo misteriosa: ya no eran voces alocadas, si-

no intrigantes cuchicheos. Encarna quiso entonces conocer a los trasnochadores, y abrió con sigilo las hojas del balcón. Nos asomamos. ¡Nunca debimos hacer tal cosa! En aquel mismo momento, oimos unas palabras incomprensibles... ¿tu hermano sabe idiomas, verdad?—sí, ¡español no era aquello!; y seguidamente, en plena calle, sonó un beso. ¡Qué vergüenza! Pues bien, Luisita: los de tal escena eran tu hermano y esa... extranjera. ¿Qué te parece?

LUISA

¿Un beso extranjero en una noche de luna española? Una cosa muy original. (Con graciosa intención.)

ENCARNA

¡Que descaro! Cada vez que me acuerdo... Y luego la noche de inquietud y de insomnio que me hizo pasar aquella escena. Rezando pude borrar la impresión...

DOÑA TOMASA

¡Conque, una cosa muy original! A ti, por lo visto nada te asombra...

LUISA

(Pausa.)—Sí, doña Tomasa. Una cosa me asombra; la hipocresía de cierta gente. Me-

jor dicho, no es asombro; es... algo así como resignada indignación; como reflexivo desdén que intenta estallar en protestas, y queda tan solo reducido al silencio, que es, muchas veces, la suprema expresión del desprecio. ¿A qué escandalizarnos juntamente con «la sociedad», si esa misma sociedad de la crítica y del chisme, apadrina y oculta en ciertos casos la inmoralidad y el escándalo?

ENCARNA

No sigas, Luisa: no sigas hablando así. Eres muy niña, y todo eso es juego de palabras que puede perdonarse solamente en honor a tus pocos años.

DOÑA TOMASA

No puedes negar que eres hermana de Ricardo. Tienen ustedes carácter «a la moderna», como ahora se dice. Por lo visto, «modernizar» las creencias, es sancionar el escándalo.... .

LUISA

No, señora; es combatir la hipocresía.

DOÑA TOMASA

Bien está: evitemos discusiones. Hablaré con tu mamá que es toda juicio y lógi-

ca, y ella sabrá ver claro y obrar con tacto y razón. (Pausa.) Y hay más, no creas. ¡Bien sabe Dios que si me mezclo en estas cosas, no es por pecaminoso vicio de dañar al prójimo, sino precisamente por evitar el mal! Además, la antigua amistad con tus padres y el gran afecto a la casa, me autorizan a ello. Debes saber que la amistad de tu hermano con ese abogadito... con Don Esteban... dá también mucho que hablar.

LUISA

Pero, ¿es despreciable ese hombre, por ventura? Su conducta es seria: sus antecedentes, su historia, todo le hace digno de estimación.

ENCARNA

Sus antecedentes.... su historia... ¡sí?... tal vez no le alcancen ciertas salpicaduras, pero...

DOÑA TOMASA

Nada: hay que hablar claro. Esa reciente amistad os perjudica, y más que nada *te perjudica* a tí. La gente le ve frecuentar la casa, y ya hay quien asegura que aspira a tu cariño. Claro está que ésto nada extraño representaría si fuese digno de

ello, pero... ese jóven no es hijo de matrimonio, ¿sabes? Una pobre mujer engañada, unos amores ilícitos, y un apellido de padre que se niega. Esto es lamentable, es cierto: pero, ¡que quieres! Los escrúpulos de la sociedad no transigen con tales libertades y desenfrenos, y evita el contacto con todo lo que puede rebajarla.

LUISA

¡Oh! ¡son ustedes unas «perfectas moralizadoras»! Saben de una desgracia y no perdonan: olfatean una tristeza, (con marcada exaltación) y la aumentan con la difamación: averiguan una falta y la convierten en deshonra: y cuando un pecado de amor, —que no es pecado, porque es el amor mismo—siembra en la vida un afecto, y traza un camino de amarguras, de resignaciones, de tristezas devoradas tal vez en silencio, todavía sobre esas desgracias y fatalidades, *esa sociedad*,—a que ustedes por lo visto, pertenecen,—arroja el lodo de su murmuración y el veneno del descrédito. (Con transición) Perdonen ustedes; me exalto, lo comprendo; pero no debo, no puedo ser de otra manera. (Advirtiendo que llegan sus padres.) Mis padres, que ya llegan, les oirán con más calma. (Se acerca a Doña Tomasa y a Encarna, las despide friamente y se dirige al fondo: ya en la terraza, se detiene: saca rápidamen-

te el pañuelo, se limpia los labios asqueada de los besos de las mojigatas, y exclama haciendo un mutis de elocuente desprecio.)

¡Qué asco dá esta gente!

ESCENA V

(Doña Tomasa, Encarna; luego Doña Elvira y Don Julián que aparecen por la puerta derecha).

DOÑA ELVIRA

¿Ustedes aquí? ¿Cómo no nos habían avisado? (Hay besos, saludos, etc.)

DON JULIÁN

Adios, Doña Tomasa: adios, Encarna. ¡Tanto tiempo sin verles por casa!...

ENCARNA

No tanto, Don Julián.

DOÑA ELVIRA (A Don Julián,)

Estuvieron hace unos días, hombre: solo que tú habías salido...

DOÑA TOMASA

Usted siempre ocupado... La política, los nuevos partidos, ¿no es eso, Don Julián?

DOÑA ELVIRA

Mucho de eso es, por desgracia, Doña Tomasa. Ahora hay revuelo; intrigas, combinaciones, mala administración...

DON JULIÁN

Y como nunca faltan «buenos amigos» que se acuerden de uno para que también danze en estas zarabandas, solicitan mi concurso y aspiran a que mi nombre figure entre los nuevos rebeldes que ahora nos han salido. Y... francamente, ¡ya no estoy para esos trotes!

DOÑA ELVIRA

Dicen que hacen falta hombres de órden y de prestigios que representen una garantía para el pueblo...

DOÑA TOMASA

¿Y ahora vienen a darse cuenta de eso? ¡Distraída es la gente!

DON JULIÁN

Es verdad: veo que tiene usted un criterio exacto de la realidad. El mal es viejo: pero hasta la fecha, desgraciadamente, han podido más los que han vivido bien con ese mal.

(En la terraza aparecen Ricardo y Esteban. Ha-

blan animadamente. Doña Tomasa observa la llegada de los dos personajes, y misteriosamente, en un aparte a Doña Elvira:)

DOÑA TOMASA

A propósito de su hijo y de ese... amigo, quisiera hablar a usted, en reserva, algo que interesa a la familia y al buen nombre de su casa. Si fuese posible... (Sigue hablando con Doña Elvira. Encarna escucha y asiente. Don Julián lee una revista, ageno a la conversación de las mujeres. En el fondo, los amigos se dan cuenta de ese cuchicheo, y comentan:)

RICARDO

Juraría que hablan de nosotros. Hubo a nuestra llegada algo de sorpresa: luego un breve silencio: ahora confidentes cuchicheos. No cabe duda, Esteban; somos el tema de la «cristiana misión» de estas beatas. (Con marcada ironía) ¡«Y bien sabe Dios que no lo hacen por dañar al prójimo!»...

DOÑA ELVIRA

Sí. Vamos adentro: necesito saber lo que ocurre. Sus advertencias, como siempre, me servirán de mucho.

DOÑA TOMASA. (A Don Julián)

Le dejamos a usted un momento, Don Julián.

DON JULIÁN

Vayan ustedes con Dios: están ustedes en su casa... (El grupo de mujeres se dirige a la primera puerta de la derecha: hablan en voz baja: Doña Tomasa repite su muletilla hipócrita.)

DOÑA TOMASA

(A Doña Elvira, mientras hacen mutis.)

La verdad, yo sentiría... pero usted me conoce... no es ruin propósito... ¡Bien sabe Dios que si me mezclo en estas cosas no es por pecaminoso deseo de dañar al prójimo, sino precisamente por todo lo contrario!...

ESCENA VI

(Don Julián, Ricardo y Esteban.)

RICARDO

Buenos días, papá.

DON JULIÁN

¡Hola, hijo! Adiós Esteban.

ESTEBAN

Salud, Don Julián. ¿Cómo marcha esa política? Ya sé que pretenden incorporarle a las nuevas filas de los regionalistas.

Aceptará usted, desde luego. Sí; es preciso sanear, barrer lo viejo y desacreditado, hacer renacer en el pueblo esperanzas de redención...

RICARDO

Esteban es un optimista. Confía en la eficacia de la lucha que se inicia.

DON JULIÁN

Lo viejo... lo desacreditado... Pero el pueblo,—esto es lo triste—sigue siendo el mismo: y como no son los políticos, precisamente, quienes deben hacer al pueblo, sino que es el pueblo quien por natural instinto de conservación ha de imponerse a los políticos, de ahí que todo sea cuestión de cultura. Créame usted. Poco o nada resuelven nuevas doctrinas y partidos nuevos, si el pueblo no acierta a rechazar lo malo asimilándose lo bueno.

RICARDO

Tiene razón papá. Hace falta educar, hacer ciudadanos, preparar al pueblo para las grandes cruzadas de la libertad. El pueblo, a fuerza de ser explotado, desconfía ya de casi todo. Y es que, como se ha llegado a hacer de la política un remedo de contaduría y una industria vergonzosa,

cada nuevo partido que surja, cada nueva agrupación que se forme, provoca estas preguntas de recelo: ¿Quiénes son? ¿a qué vienen? ¿qué quieren? Y fíjate, ¿eh? *(A Esteban.)* este «*qué quieren*» descubre un fondo de marcada desconfianza y parece indicar que, todavía *sin llegar*, ya hay quien pide o exige.

DON JULIÁN

Así es, en efecto.

(Aparece Luisa en el fondo. Observa la escena: se convence de que la visita no está, y se decide a entrar.)

ESCENA VII

(Luisa, Ricardo, Estéban, Don Julián.)

LUISA

¿*Ya* se puede pasar? He de intervenir ahí aunque se hable de política. Es un tema algo antipático para quien como yo «anda siempre por las nubes fantaseando», pero es preferible a ciertos trapicheos de sacristía.

DON JULIÁN

¡Siempre rebelde! (a Luisa.)

LUISA

(Con orgullo.) ¡Siempre! Pero si la rebeldía, papaito, (acariciándole mimosamente la cabeza) es fruto de juventud; ¿a qué extrañarte de que yo lo sea?

ESTEBAN

De juventud y de cultura.

LUISA

Gracias...

RICARDO

¡Oh! Yo admiro siempre a los rebeldes. Son idealistas, son osados, son soñadores. Sus teorías, sus gestos, sus apóstrofes dan la sensación de un mundo nuevo. ¡Es tan bello un rasgo de rebeldía en el ambiente en que vivimos! Lo mismo en política, que en moral o en amores, la rebeldía es una solución definitiva. ¿Hay nada más hermoso que romper los viejos moldes de los convencionalismos sociales y abrazarse a un ideal, aunque ese ideal sea un imposible?

LUISA

Pues vete con esos argumentos a doña Tomasa y su sobrina.

DON JULIÁN

No murmures, Luisa; no murmures. Perdona y olvida.

RICARDO

Sí, papá, hay que murmurar, cuando esa murmuración sirve para contrarrestar el *piadoso veneno* de la mojigatería ocupada en bajos menesteres. «Hay que perdonar»,—dicen los místicos y los beatos,—aunque no practican estas doctrinas. Hay que vengar con el castigo,—decimos los rebeldes,—los ultrajes y las ofensas recibidas. Aquellos tiempos en que se colocaba la mejilla para que sobre ella cayese el golpe de la mano que abofeteara la otra, han pasado ya a la historia. Se ha adelantado mucho en esto. Y si es verdad que fué grande aquel gesto de serenidad y mansedumbre, no es menos cierto que fué más admirable todavía, empuñar el látigo y arrojar del templo a los mercaderes. Aquí mismo, en casa, en este momento, quizá estén haciendo falta aquella actitud y aquella arrogancia.

DON JULIÁN

¿A quién aludes? ¿Porqué hablas así?

LUISA

Tal vez no pase mucho tiempo sin que lo sepas. (Se acerca al padre, y con encantadora zalamería, le dice:)

¿Porque, papá, habrá en el mundo gente mala? ¿Eh? ¿Tú lo sabes? Por que la hay, sí, no me lo negarás. ¡Sería tan hermoso vivir siempre entre espíritus elevados, entre almas generosas! Pero por lo visto no es posible, no; la maldad existe, como... ¿cómo te diría yo? Como si fuese una necesidad en la vida. Quien no la practica con hechos, la propaga con palabras y la difunde con la maledicencia: hay hasta quienes la pregonan con el gesto. ¡Yo siento tal antipatía hacia esas personas de semblante fosco, de expresión dura, de miradas torcidas y extrañas que parece van descubriendo un fondo de maldad...! (Pausa.) ¿Tú recuerdas de aquella gran colección de muñecas y de polichinelas con que yo jugaba cuando niña, verdad? Sí, ¡claro que recuerdas! todavía andan por ahí dentro algunos, como rezagados. Pues bien: un dia, los coloqué a todos en la galería: seguidos unos de otros, uniditos, juntos, como si hubiesen sido citados a una asamblea original: una asamblea donde los concurrentes no hablaban, no se interrumpían. Aquellos mo-

notes ridículos, pintarrajeados, rígidos, parecían aguardar entre la espectación y el silencio, algo trascendental.

Yo los míraba atentamente, como si pretendiese descubrir en sus semblantes coloradotes, en sus carrillos mofletudos, en sus ojos inmóviles, algún rasgo, algún vestigio, alguna señal que les delatase como buenos o malos, como generosos o perversos. ¡Cosas de chiquilla!—dirán ustedes, ¿no es cierto? Pues verán. ¡Oh, lo recuerdo como si fuese hoy! Hubo un momento, en que aquellos monotes, aquellas peponas, aquellos polichinelas, me parecieron que revelaban algo interior: sus inclinaciones, sus sentimientos, sus instintos, sus egoismos y sus bondades. Ya no eran para mí cachivaches de diversión, no; eran... algo así como personajes extraños de un mundo misterioso: ¡almitas de aserrín y entrañas de trapo que hablaban bien claro de lealtades y traiciones! Entonces, tuve un instante de arranque justiciero, y empecé a repartir cachetes de desprecio entre aquella asamblea de personajes caricaturescos: cayeron por tierra los que yo consideraba fátuos y perversos, y quedaron frente a mí, risueños, alegres, como agradeciéndome la hazaña, los que creí honrados, buenos y sinceros. (Transición.) Pues cuando pienso que hay

tanta maldad en el mundo, me acuerdo de aquellos cachetes, y lamento que no se pueda hacer lo mismo con esos otros monotes de carne, que viven en la sociedad entre la hipocresía y el engaño.

Don Julian

Eres adorable: sencillamente adorable. (Juana, que ha sentido el timbre de la puerta de entrada, aparece por la primera puerta derecha, atraviesa la escena y se dirige a la primera puerta izquierda que dá a la calle.) Luisa y don Julián, quedan haciendo grupo, aparte de Esteban y Ricardo.)

Esteban

Es un orgullo una hermana así. ¡Me han hecho tanto bien esas palabras! (Pausa.) Y hablando de lo nuestro: ¿vienes a esa excursión?

Ricardo

No: (preocupado) tengo otra en proyecto de la que depende mi felicidad futura: es una excursión atrevida y romántica, llena de novedades e inquietudes. Esa que tú me ofreces es un breve paréntesis de alegría y de cordialidad de amigos: ¿nó? Esta otra de que ahora te hablo puede ser toda mi vida. Y voy a ella tan confiado, tan seguro del éxito, que por nada ni por nadie la rechazaría.

ESTEBAN

Pero...

RICARDO

No intentes averiguar nada: yo mismo no sé todavía a dónde voy... ¿Es extraño, verdad? Yo soy así: para mí lo desconocido tiene un supremo encanto. (Juana aparece con una carta para Ricardo.)

JUANA

Señorito: esta carta acaban de dejar para el señorito.

RICARDO

Bien está. (La toma, y al reconocer la letra, una viva emoción le delata.) (A Esteban.) Con tu permiso, ¿eh? (Se dirige hacia el ventanal y allí lee la misiva amorosa.)

ESTEBAN

¡No faltaba más! (A Luisa.) ¿Estuvo usted anoche en el teatro, Luisa?

LUISA

Anoche no me llevó papá. Hubo reunión de políticos; asistió a ella, y me quedé sin representación porque acudiera él a otra comedia. (Con ironía.)

ESTEBAN

¿Qué dice usted a eso, Don Julián?

DON JULIAN

Luisa casi siempre tiene razón: no debiera decirlo en su presencia, pero... es así. La chiquilla que abofeteó muñecos en su niñez creyendo realizar un acto de justicia, piensa discretamente.

ESTEBAN

¿Llama usted comediantes a los políticos? No todos lo son, Luisa. Hay también gente de muy buena fé, todavía, capaz de la abnegación y del sacrificio...

LUISA

¿Del «sacrificio por la patria», no es eso? ¡Pobre patria! ¡cómo han hecho de ella un guiñapo! No; no me hable usted de la sinceridad política, de la honradez polítíca, porque hay sobrados motivos para desconfiar de ella.

DON JULIAN

Hay excepciones, ¡claro está!; pero la inmensa mayoría de nuestros políticos invocando el nombre de la patria, me recuerda a esos falsos pedigüeños, a esos

vividores pordioseros que nos hablan de las miserias de la familia, de las tristezas del hogar, de la agonía de la madre enferma. Arrancan la limosna, y... ¡a vivir! Pues en política ocurre algo análogo: lo de «la madre enferma», se explota como un tópico sentimental; puede más entre estos pedigüeños que «quieren llegar», el egoismo propio, que las dolencias de la patria.

(Ricardo ha terminado la lectura de la carta. Hay en su semblante una alegria extraña: alegría y tristeza a la vez: júbilo y preocupaciones.—Luisa lo obobserva atentamente.) (En un reloj interior dá una campanada.)

ESTEBAN

En usted, Don Julián, habla la experiencia,—siempre respetable—; en mí habla la juventud y el optimismo. (Dirigiéndose a Ricardo.) Y me retiro, chico; ya que no puedes o no quieres acompañarnos, permíteme que te deje. Se hace algo tarde y aun hay detalles que ultimar. (A Don Julián.) Servidor de usted, don Julián. (A Luisa: con apasionada cortesía, y casi confidencialmente.) Siempre mi gratitud y mis respetos: su amistad, Luisa, me redime y me salva.

LUISA

¡Esteban!... No necesita usted de eso. Gracias.

ESTEBAN

¿Hasta cuando, Ricardo?

RICARDO

¡Quién lo sabe! (Con marcada preocupación.)

ESTEBAN

(Dirigiéndose con su amigo a la primera puerta izquierda.)

¿Qué te pasa? Estás preocupado... (con misterio) Aquella carta...

RICARDO

Calla... Aquella carta, que es una decisión y un aliento, será también mi vida. Adiós. (Esteban hace mutis.)

ESCENA VIII

(Don Julián, Ricardo, Luisa, Doña Elvira, Doña Tomasa y Encarna.)

DOÑA ELVIRA

Se marchan ustedes porque quieren.

ENCARNÁ

Siempre agradecidas.

DOÑA TOMASA

¿Cuándo vamos a verles por casa? Tú, Luisita, dáte un paseo por allá, mujer... A Ricardo, (con ironía) nada le decimos: está ahora *tan ocupado*...

RICARDO

Algo, sí, señora: pero mis ocupaciones, ni son mortificantes, ni ofensivas. (También con ironia.)

DOÑA TOMASA

No afirmo tal cosa... (A Don Julián.) Adiós, Don Julián. (Se despide: igualmente Encarna.)

DON JULIAN

Adiós, señora; hasta otra, Encarna. A ver si se repiten aquellas interrumpidas noches de escogida lectura. ¡Salimos tan poco!

ENCARNA

Con mucho gusto: cuando tía disponga...

DOÑA TOMASA

Tan pronto pase el novenario. (Se despiden las mujeres con las frases y los besos de ritual.) (Hasta salir de escena Doña Tomasa y Encarna, se oyen las consabidas exclamaciones de cortesia: Hasta otro rato: adiós señoras: déjense estar: ¡no faltaba más! ¡no es molestia! Adiós... adiós...)

ESCENA IX

(Doña Elvira, Don Julián, Luisa, y Ricardo.)

(Ricardo, que se díspone a marchar hacia su habitación, es detenido por su madre.)

DOÑA ELVIRA

No te retires: tenemos que hablar.

RICARDO

Bien, mamá: tú dirás... (Pausa.)

DOÑA ELVIRA

Y tenemos que hablar, Ricardo, serenamente; pesando y midiendo el alcance de las cosas: sin romanticismos, sin exaltaciones, sin rebeldías. Mirando más por lo que a todos afecta la entraña del asunto, que practicando desaprensiones que la sociedad condena.

DON JULIAN

¿De qué se trata? Veamos... veamos...

(Luisa que desde el comienzo de este diálogo se ha colocado junto a su padre, le dice en un aparte significativo.)

LUISA (Aparte, a Don Julián.)

Ya verás, papaíto, ya verás cómo la es-

na aquella de los monotes tiene sus imitadores. Pero me temo mucho que ahora caigan los buenos y triunfen los malvados.

Doña Elvira

Ricardo, hijo, es necesario que evitemos las suspicacias de las gentes. He tenido siempre tan elevado concepto del honor y del buen nombre de mis familiares, que por conservarlo sin sombras y sin mácula, llegaría hasta el sacrificio. He procurado no violentar las cosas, y hasta hoy me he conformado— bien a disgusto mio—con tu amistad con Esteban. (Luisa y Ricardo se miran adivinando el desenlace.) ¿A qué repetir lo que todos sabemos, aunque todos lo hayamos callado? La historia de su madre cae sobre él, y lo confunde y lo aisla. ¿Quién es ella? Una desgraciada separada del resto de la sociedad por la locura de una hora de extravío. ¿Su padre? No lo tiene. Y esto, que quizá para tí no tenga importancia, para mí,—mejor dicho – para todos los de casa, debe ser un obstáculo de intimidad siempre mal mirada. (A Ricardo que intenta interrumpirla.) Seré más explícita: esa amistad empezó siendo una simple simpatía de muchachos, y vá convirtiéndose en confianza de la casa: antes creían que acababa en tí esa cordialidad y ese afecto, y ahora.. (Con indecisión.)

RICARDO

Ahora, ¿qué piensan? ¿qué traman?

DOÑA ELVIRA

Ahora la gente extráñase de su frecuente visiteo, y hasta aseguran que persigue el cariño de Luisa. Y esto, que es una locura, que hiere la dignidad de la familia, hay que evitarlo a todo trance. Es preciso que de un modo hábil y discreto, alejes de aquí a Esteban ahuyentando así las murmuraciones y las suspicacias.

RICARDO

(Conteniendo su rebeldía.) De todo lo cual se deduce, que no basta ser honrado; ni serio; ni generoso: sino que es preciso, además, «tener un apellido»; ¿no es cierto?

DON JULIAN

(Queriendo reconciliar pareceres.)

Sé razonable, Ricardo.

RICARDO

Si lo soy, papá: ¿porqué no? Si precisamente por atender a la razón,—que es voz de la conciencia—hablo como hablo. ¿Es el apellido el salvo-conducto para poder *pasar* en sociedad, o es el prestigio que

cada cual se labra con sus actos lo que redime y salva? Si es el apellido, nada importarán entonces los «extravíos de abolengo» y las punibles «maldades de sangre azul»... ¿no es eso? (A su madre que hace signos afirmativos, queriendo interrumpir.) ¿Ah, si? ¿si importan? Pues si lo esencial, lo importante, lo noble, es dejar libre el paso a la honradez, ¿a qué recurrir a medios injustos, abrumando con el recuerdo del estigma a la víctima que no pudo evitarlo?

DOÑA ELVIRA

(Con refrenada energía.) Presumía todo esto. Será «muy nuevo» pensar así; pero se ha de obrar de otra manera. Antes te hablé como una amiga, casi como una hermana. Ahora hablo como madre: y como madre que no suplica, que no ruega; sino que ordena, que manda, que exige. (Levantándose.) Ricardo, es preciso, es necesario, que ese amigo tuyo no vuelva mas a esta casa. (Pausa.)

RICARDO

(Con respetuoso acatamiento, donde vibra una ahogada protesta,)

No vendrá: pero lo que hacéis cerrando estas puertas a la lealtad y al cariño, ¡es injusto, es cruel! (Con reconcentrada rebeldía.)

DOÑA ELVIRA

(En un gesto de autoritaria reconvención.)

¡Ricardo! (Hay una pausa. La madre fija su vista desafiante en el hijo. Ricardo inclina la cabeza, respetuosamente. Luisa sigue la escena con viva emoción, en silencio, pero recogiendo en la expresión de su mirada todo el dolor y la vergüenza que la produce lo ocurrido. Doña Elvira abandona la estancia, y hay en su andar magestuoso y sereno como una manifestación de triunfo: su semblante, sin embargo, se nubla por la tristeza.)

LUISA

(Aparte a Don Julián, con mimosidad y zalamería, casi sollozando.)

¿Porqué, papá, habrá tanta maldad en el mundo?

(Don Julián se ha levantado del asiento; observa a sus hijos y hay en su mutismo una gran emoción.)

DON JULIÁN

(Acariciando conmovido la cabeza de Luisa.)

No te disgustes, tonta: la tristeza te va muy mal. Olvida, sonríe, y alegra mi vejez. ¿Que el mundo es malo? ¡Hay que resignarse! (Luisa se seca a hurtadillas una lágrima: su padre la ha visto.)

Pero... ¿qué? ¿lloras? ¡Vaya con la rebelde! (La besa en la frente: dirígese a su despacho. Ha comprendido que en el alma de Luisa florece el amor. Ya en la puerta, vuelve la vista, mira nue-

vamente a su hija, y se pregunta en un breve monólogo.)

¿Qué será ello? ¿Tristeza?... ¿Amor?... (Lanza un suspiro que parece hablar de su pasado, y exclama haciendo mutis.) ¡Todo es lo mismo!

ESCENA X

(Ricardo y Luisa)

(Luisa ha quedado en actitud meditativa, fijos en el suelo los ojos, donde tiemblan las lágrimas.)

RICARDO

¿En qué piensas, chacha?

LUISA

(Abstraída.) ¡Qué se yo! (Se dispone a marchar.)

RICARDO (Vivamente.)

No, no te vayas: aguarda. Tengo que hacerte una revelación. A tí, a tí sola, por que tú solamente sabrás disculparme y comprenderme. Espera: siéntate, y oye. Era preciso que tú lo supieras, tú, espíritu gemelo, alma hermana, rebeldilla adorable. Yo sentía la necesidad de esta confesión, y en tí deposito mis secretos, mis confidencias y mis decisiones. Luisa, chacha mía: ¡te dejo! (con gran emoción estas últimas palabras.)

LUISA

¿Qué dices? Luego es cierto...

RICARDO

(Con apasionamiento.) Sí: Es cierto que quiero a una mujer como nunca creí que pudiera quererse. Es cierto que me abandono a sus caprichos, a sus fantaseos, a sus aventuras: es cierto que por encima de su amor, no hay nada que viva y triunfe. ¿Es locura? Pues si es locura, hermana, ¡bendigo la locura! ¡Oh, si la conocieses! Es un espíritu extraño, inquietante, como la cita misteriosa de una mujer desconocida. Me une a ella, no se que poderosa atracción de abismo. Me entrego al sortilegio de su bondad y de su belleza, y ¡os dejo a todos! (Con decisión.)

LUISA

Pero ¿quién es esa mujer? ¿A dónde váis?

RICARDO

No lo sé. ¿Acaso pregunta el ciego quién es el lazarillo que le guía? No sé de donde viene, ni adonde vá. Averiguarlo, sería embadurnar el encanto de lo desconocido, romper el hechizo del misterio, quebrar

las alas de la fantasía para caer en el bajo mundo de las vulgaridades. (Luisa escucha con gran interés a su hermano, como si quisiese recoger, ávida de pasión, esta vibrante confesión de amor.)

Nuestro encuentro, chacha, ha sido una cosa prodigiosa. Yo sentí frente a esa mujer la sensación de que algo «muy mío», ¿sabes?, algo... ¿cómo te diría yo?... separado de mí por un fatal manotazo del destino, surgiese de improviso ante mi vista. Adiviné en su aparición la llegada del ideal soñado, de la mujer en quien uno piensa siempre adorándola sin conocerla. Ni me sorprendí del hallazgo, ni tembló mi voz, ni enmudecieron mis labios. Mi corazón marcó más sereno que nunca el ritmo de la vida, y mis ojos, al mirarla, no la dijeron: ¿Quién eres, que así vienes a mí? —sino,—Acércate, mujer: ¡ya te esperaba!

LUISA

¡Oh! ¡que hermoso debe ser amar así! (Con creciente interés, deseando conocer con todo detalle la belleza de la Amada, y poniendo en sus preguntas candor de infantilidad.) Dime, Ricardo: ¿Cómo es esa mujer? ¿Qué dicen sus ojos?

RICARDO

Tienen sus ojos la luz de extraños hori-

zontes, el encanto de paisajes desconocidos, la belleza de paises de ensueño. Es un alma errante, un espíritu aventurero. Nos amamos tan intensamente, que nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestros ideales, son como cuerdas sensitivas de una misma arpa lírica y sentimental, romántica y rebelde. Por ella soy capaz de todas las osadías y de todas las locuras. Ya lo ves. Afectos de familia, recuerdos del hogar, cariños de niñez, todo quedará muy atrás, hundido en la lejanía de las evocaciones, y solo Ella, la del soberano gesto de profetisa, la de los ojos verdes y el cabello de oro, triunfa en mi vida.

LUISA

Pero esa marcha... esa huída... ¡no! ¡huída, no!—ese viaje de novios que es un gesto; ¿quién lo conoce?

RICARDO

Tú ahora: solamente tú has debido conocerlo. Yo sabía que en tí había de tener la atrevida revelación el amoroso albergue del silencio. (Luisa medita y por su frente pasa una sombra de melancolía.) (Pausa.) Está todo dispuesto; ¿sabes? ... Es muy probable... casi seguro... (Hay en su voz el temblor de una ahogada emoción que lucha por estallar en

lágrimas.) que ahora mismo... al salir de aquí, ese alejamiento... sea ya mi despedida... (Estas últimas palabras deben tener un sabor de honda tristeza.)

LUISA

(Viva sorpresa.) ¿Qué dices? ¿Pero... es posible? ¿Tan pronto? ¡Y eso lo hace el amor!.. (con gran amargura.)

RICARDO

Sí, el amor, que es el dulce tirano de la existencia. El amor que es como un aliento de gigante y una lumbrarada de sol. Siento que en mi jardín interior ha florecido el rosal rojo de mis rebeldías y canta la divina alondra de las inquietudes. ¡Oh! yo no podría vivir sin esa mujer que es ya toda mi vida.

Cuando tú sepas lo que es amar: cuando sientas que a tu corazón ha llamado el aventurero de tus predilecciones: cuando la pasión deshoje sobre tu frente las rosas perfumadas de los sueños, y frente a ese nuevo despertar del espíritu se alcen los convencionalísmos sociales y el valladar de un imposible, entonces, chacha, comprenderás mejor que nunca de lo que es capaz el amor. (Durante estas revelaciones, Luisa, que ve en estas palabras como un reflejo de ocultos sentires, no puede contener la emoción y solloza en silencio.)

LUISA

(Dejando caer su cabeza sobre el hombro de Ricardo.)

¡Hermano!

RICARDO

(Observándola atentamente y adivinando su sentir.)

¡Qué! Pero... ¿acaso tú?...

LUISA

Sí; tambien mi amor es imposible: lo condena la sociedad, lo desprecia el mundo hipócrita que nos rodea.

RICARDO

Lo adivino todo. (Pausa.) Se fuerte, sé altiva, hermana, y deja al alma volar sobre las pequeñeces de la vida. Aprende de mí: mira otros horizontes, sueña con otros cielos...

LUISA

(En un momento de fortaleza espiritual, se rehace, y despierta en ella el gesto de la rebelde y de la soñadora.)

(Secándose las lágrimas.) Ya no lloro: ¿ves?... Ya estoy tranquila. Mis manos te dan su despedida: mi frente espera el adiós de tus besos. (Le estrecha las manos y le ofrece la

frente. Ricardo la besa emocionado, y su mutis tiene la rapidez de una huída dolorosa. (Luisa acércase al ventanal que dá al jardín, valiente, serena. Momentos después dice adiós con el pañuelo al hermano que se aleja, y exclama evocando a la desconocida.)

¡Alma viajera, espíritu aventurero, bella errabunda desconocida, ojos de bruja y cabello de sol, ama siempre a mi hermano!...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

(Igual escena a la anterior. Por el ventanal que dá al jardín penetra el desmayo azul de un crepúsculo sereno. Esa luz suave, ese silencio lleno de magestad y de grándeza que parece dejar tras sí la adorada agonía del sol, esa poética melancolía que hay en las tardes moribundas, resbala también por las almas y las envuelve en tristeza.—Ha pasado un año sin noticias del ausente.—Los personajes, en este breve pasaje sentimental, darán la sensación de una gran nostalgia: el desaliento de sus palabras debe tener algo de evocación y de misterio. Diríase que en ellos hay un inevítable crepúsculo espiritual que rima con la tristeza de la caída de la tarde.)

ESCENA I

(Luisa aparece,—en una reproducción de la última escena del acto primero,—junto al ventánal, mirando al jardín, como si esperase la llegada del hermano ausente. Sus palabras son las mismas con que terminara dicha escena.)

LUISA

Alma viajera, errabunda misteriosa, espíritu aventurero, ojos de bruja y cabello de sol, ¿dónde está mi hermano?

(Juana aparece por la terraza que dá al jardín con una cestilla llena de rosas rojas.)

ESCENA II

(Luisa y Juana.)

JUANA

Señorita: aquí están las rosas. He cortado más que de costumbre, conforme me ordenó la señorita.

LUISA

Sí: hoy quiero que en la habitación de Ricardo, el rosal de su predilección sea como una fiesta encendida de esperanzas... (Pausa.)

JUANA (respetuosamente.)

¿Es así, que hace hoy un año no se sabe del señorito?

LUISA

Así es: ¡un año! Un año de ausencia que es como una eternidad de inquietudes. (Pausa).

JUANA

¿Necesita algo más la señorita?

LUISA

No, Juana: puedes retirarte. (Juana hace mutis por la puerta derecha.) (Luisa dedícase a es-

coger entre las rosas, aquellas con las que ha de formar los ramilletes. Doña Elvira aparece por la primera puerta derecha; hay en su semblante la huella de un gran dolor, y en su andar el desfallecimiento de un vencido.)

ESCENA III

(Doña Elvira y Luisa.)

DOÑA ELVIRA

Y tu padre: ¿ha vuelto?

LUISA

Está en su despacho. (Hay una larga pausa.) (Doña Elvira, como queriendo ahuyentar un doloroso recuerdo intenta distraerse ayudando a la hija en su tarea: la abandoná luego: se sienta, coge una revista y la hojea: súbitamente desiste también de su lectura.)

DOÑA ELVIRA

No sé... no sé lo que me pasa. Siento en mí... como un aviso, como... un presentimiento. ¡Qué misterios guarda la distancia! Un año cumple hoy aquella locura...

LUISA (Ensimismada.)

¿Porqué locura? ¿Acaso sabe alguien dónde acaba la discreción y empieza la locura? No es locura querer: y si lo fuese, ¡pobre mundo de cuerdos y sensatos sin la divina exaltación del amor!

DOÑA ELVIRA

¡Siempre soñando!

LUISA

Como tú quieras. Pero es lo cierto que pensando así, sintiendo así, puedo vivir. Transijo con encuentros fatales: sufro el choque de odiosos caracteres: soporto resignada el roce áspero de manos que se dicen amigas, porque confío y espero... ¿En qué? No sé: Para cada mortal hay una predestinación, y yo creo, a veces, que a mi brazo se ha enlazado ya el mago misterioso de mis sueños.

(Juana aparece por la primera puerta derecha)

ESCENA IV

(Juana, Doña Elvira, Luisa.)

JUANA

Señora: ya he encendido el oratorio. Como la señora me advirtió que la avisase...

DOÑA ELVIRA

Está bien. (a Luisa) ¿Vienes conmigo?

LUISA

Luego. Mientras tú rezas ante un altar estrellado de luces, mira: (Mostrando las flores

que ha de colocar en la habitación del hermano.) también es esto una plegaria. La oración de la tierra,—que es de flores,—la ofrezco yo por el cariño del hermano ausente.

(Suena en este momento el timbre de entrada.—Hay en los personajes como la sacudida de un presentimiento. Luisa hace mutis por la primera puerta izquierda. La madre ha encendido una lámpara con amplia pantalla color oro, y a su luz, que tiende sobre la mesa un suave reguero de sol, dispónese a leer en un breviario.—Hay una larga pausa. La casa parece que sueña o medita. En el reloj de una de las habitaciones interiores, dan siete campanadas. De pronto, fuera, suena la voz de Luisa·—¡Mamá! ¡De él! ¡Sí, carta de Ricardo! Sus gritos tienen un sabor extraño, mezcla de júbilo e histerismo. La madre ha apartado rápidamente la vista del libro y con ansiedad espera la llegada de Luisa.)

ESCENA V

(Doña Elvira y Luisa.)

Luisa

(Entra besando la carta, emocionada, con temblor de lágrimas en las palabras jadeantes.)

¡De él, de mi hermano! ¡Oh, cómo lo adiviné! Cuando tuve la carta en mis manos, me pareció que era él, Ricardo, que me tendía los brazos, que me decía como en días alegres:—¿Que hay, chacha? y me besaba en la frente. La he abierto, mamá: la he leído, la he besado como se besa una reliquia.

(Doña Elvira ha cogido la carta con gran ansiedad: se

ha acercado a la luz, y lee emocionada. Luisa se ha sentado a sus pies, recogidita y silenciosa, como queriendo aprisionar en la expresión absorvente de sus ojos, las palabras extrañas del romántico. Dése a esta lectura el encanto de una rara oración. La carta, dice así:)

«Cuando abráis esta carta, oid: escucharéis que pasa por vuestras frentes como el suave aleteo de un ave misteriosa; son mis labios que os besan, es mi espíritu que os bendice y recuerda, y vuela hacia vosotros buscando la caricia del hogar abandonado.

Soy feliz; tengo un gran cariño que me defiende; una mujer extraña que me ha comprendido. Sus brazos de heroína me supieron levantar del polvo de una vida vulgar; sus brazos de amante saben tejer a mi cuello una adorable guirnalda de pasión.

Os recuerdo siempre. Cuando leáis estas líneas, besadlas, como yo os beso con el pensamiento.—Ricardo.»

(La madre besa la carta, y hay en ese beso toda la sublime efusión de un colosal cariño. Luisa se ha levando: ha cogido la carta y la examina fijamente, como quien quiere arrancar a la misteriosa brevedad de aquellas revelaciones, el secreto de un gran cariño. Doña Elvira hace mutis por la primera puerta derecha: se dirige hacia el oratorio: seca sus ojos arrasados en lágrimas.)

ESCENA VI

(Junto a la lámpara, Luisa lee nuevameute la carta.)

...«Soy feliz, tengo un gran cariño que me defiende: una mujer extraña que me ha comprendido...» ¡Oh! ¡Cómo alientan estas palabras! En cambio la vida, sin un alma gemela, ¡qué fríos y desiertos sus caminos! (Luisa queda en actitud meditativa.)

ESCENA VII

(Luisa y Esteban)

(Esteban por la primera puerta izquierda. Dése a esta escena la rapidez y el misterio que la situación requiere. Es una decidida confesión de amor en la casa de los escrúpulos y en el santuario del honor.)

ESTEBAN

¡Luisa!

LUISA

(Adivinando el alcance del encuentro)

¡Esteban! ¿Usted? (Aparte.) ¡Al fin!

ESTEBAN

Yo, si: yo, que he intentado engañarme cruelmente haciéndome creer que mi afecto a esta casa era predilección de amigo, cuando es pasión de enamorado. Yo, Lui-

sa, que sufrí como usted no puede figurarse la vergüenza y el desprecio de sus padres: yo, que he leído siempre en sus ojos, que he adivinado en sus palabras algo tan grande como su propia alma de romántica, vengo hoy a decirla:—Luisa, aún a despecho de las acusaciones de la sociedad, de los escrúpulos de los malvados, del valladar que entre nosotros levanta una desdicha—que no es afrenta, porque está purificada por el dolor—yo le amo a usted. Mi honradez, mis luchas, mis ideales, mi trabajo, todo lo que soy y lo que valgo—bien poco, ya lo sé,—a su belleza y a su bondad lo ofrezco. (Acercándose a ella, en una íntima confidencia.) Sí, Luisa, «te amo». No te lo habían dicho mis palabras pero te lo comunicaba a todas horas el pensamiento y lo repite como un ritmo de vida el corazón. ¡Te amo!

LUISA

(Como en éxtasis.) ¡Al fin! Todas esas revelaciones las conocía, y las esperaba: son ahora, como la evocación de una música soñada. Pero frente a este amor que ha vivido en silencio, Esteban, el mundo, la familia, el honor, un cúmulo de hipocresías y de perversos refinamientos, malogran el ideal. ¿Cómo vencer al enemigo?

ESTEBAN. (Con decisión.)

Queriéndonos: eso es todo. Poniendo por encima de la sociedad la rebeldía del amor: la libertad del amor. Acepta este cariño que será nuestra vida, y desprecia las mezquinas gazmoñerías de un mundo viejo. El hombre humilde, el hijo bastardo, se revela, Luisa, contra las cobardias de la sociedad. Sígueme a donde yo vaya; por el camino que te traze mi amor...

LUISA

(Observando por la puerta del despacho de su padre.)

Alguien viene Esteban; retírese usted.

ESTEBAN

Pero tu decisión .. tu rebeldía...

LUISA

¡Están contigo! te amo, y te seguiré a donde tu amor me lleve...

ESTEBAN

¿Pensarás siempre así? (Estrechando las manos de Luisa.)

LUISA

¡Siempre!

(Esteban hace mutis. Luisa le vé desaparecer, y en

su semblante brilla como un amanecer de ilusiones. Se sienta junto a la mesa donde la lámpara simula un suspiro de sol; coge unas rosas que han quedado en la canastilla, y lentamente, deshojándolas, vá repitiendo aquellas palabras del hermano.)

—Cuando tú sepas lo que es amar; cuando sientas que a tu corazón ha llamado el aventurero de tus predilecciones; cuando la pasión deshoje sobre tu frente las rosas perfumadas de los sueños, y junto a ese despertar del espíritu se alcen los convencionalismos sociales y el valladar de un imposible, entonces, chacha, comprenderás de lo que es capaz el amor... (Estas últimas palabras las habrá escuchado el padre, que ha salido de su despacho, ha desfilado sigilosamente a espaldas de Luisa, y se ha colocado junto a ella observándola atentamente. Luisa ha seguido deshojando con las blancas rosas de las manos las rosas rojas del rosal, y ha formado a sus pies una concha de púrpura.)

ESCENA FINAL.

Don Julián

¿Qué haces, nena? ¿Qué piensas? ¿Qué sientes?

Luisa

(Como respondiendo a una voz interior, en una última y misteriosa revelación definitiva.)

¡Siento que en mi jardín interior ha flo-

recido plenamente el rosal rojo de mis rebeldías!

(Luisa coge la carta de su hermano y la besa; el padre, adivinando las luchás pasionales de la muchacha, hace un gesto de resignación, y acaricia conmovido la cabecita loca de la soñadora.)

TELÓN LENTO

FIN DE LA COMEDIA.



Precio: **1'50** Pesetas